

ARQUEOLOGÍA INDUSTRIAL

Miquel Barceló

Un triste sino de la tecnología, de toda la tecnología, es que el devenir del tiempo la acabe haciendo obsoleta y pasada de moda.

Lo estamos viendo, a marchas forzadas, en el campo de la informática con equipos maravillosos de hace sólo diez o quince años que hoy son vistos de manera conmisericordiosa, casi compadeciéndonos de que ese ordenador, esa máquina, nos hubiera podido parecer en su día algo excepcional. Esa realización tecnológica de un pasado casi inmediato ha quedado superada por el paso del tiempo y por los nuevos desarrollos habidos.

Para no perder trazas importantes de nuestro pasado, incluso de nuestro pasado más reciente, cada vez es más importante eso que ha venido en llamarse "*arqueología industrial*". Se trata de un tipo de arqueología sin aventureros al estilo de Indiana Jones y que se centra precisamente en los productos industriales que, llegados ya al desuso, sirven con su presencia en algunos museos para recordarnos ante todo la fugacidad de toda tecnología.

A primeros de noviembre, tuve la oportunidad de conocer el llamado *Museu de la Tècnica del Empordà* de Figueres y sorprenderme con la diversidad y la extrema inventiva de quienes nos precedieron, hace sólo algo más de un siglo, en lo que hoy llamamos "tratamiento de textos". En ese museo, verdadero prodigio de arqueología industrial aplicada, se encuentra, entre otras maravillas, una espectacular colección de esas viejas y entrañables máquinas de escribir que los ordenadores modernos han desplazado prácticamente en su totalidad de la vida cotidiana.

El museo es una iniciativa que arranca del afán coleccionista de Pere Padrosa y su esposa Margarida Pierre quienes, a lo largo de su vida, han coleccionado una cantidad ingente de viejos artefactos del pasado industrial, en particular máquinas de escribir, pero también máquinas de coser, salamandras (esas viejas estufas de combustión lenta) y muchos otros artefactos de todo tipo que ilustran nuestro pasado industrial y tecnológico de manera ejemplar. El museo está dirigido por su hijo, Xavier Padrosa Pierre con la ayuda de un equipo interdisciplinar con Juan Jesús Aznar, Josep Marés y otros especialistas que rentabilizan el fondo del Museo con diversas actividades de divulgación científica. Fui llamado a participar en una de esas actividades de divulgación científica (el nuevo ciclo de *Cine y Ciencia*), y debo reconocer que el viaje valió la pena por permitirme conocer ese interesante museo.

Sólo pude estar una hora viendo esas sorprendentes máquinas de escribir, los diversos tipos de teclados y su evolución, las curiosas máquinas Mignon (con una tabla de caracteres a la izquierda que se seleccionaban de uno en uno con una especie de señalador [no confundir con el "ratón" de hoy...] y un pulsador a la derecha para "imprimir" el carácter), máquinas con dos teclados: alfanumérico y científico y con un carro que puede desplazarse de un teclado a otro, teclados de forma prácticamente circular, y un largo, larguísimo etcétera que, evidentemente van a hacer que vuelva a Figueres a ese interesante museo para quedarme unas cuantas horas analizando con detalle cómo esos viejos técnicos e ingenieros resolvieron, hace ahora ciento veinte o ciento treinta años, diversas dificultades tecnológicas con un ingenio que todavía sorprende.

Un consejo de amigo: cuando pasen por Figueres, además (o en lugar de...) visitar otros museos de la ciudad (el dedicado a Dalí, el del juguete, etc.) no dejen de visitar ese *Museu de la Tècnica de l'Empordà*. Su excepcional colección de máquinas de escribir ya lo hace del todo imprescindible y aún más para quienes, con la informática, hemos enviado a las

viejas máquinas de escribir al paraíso de la obsolescencia. Un paraíso que incluye pequeños museos donde las viejas máquinas de escribir se limpian, restauran y exhiben de manera ejemplar. Un imprescindible recuerdo de un pasado no tan lejano en el tiempo. Algo así ha de ocurrir (está ocurriendo ya...) con nuestros productos informáticos.

En estos tiempos de cambio acelerado es fácil que se piense que sólo lo último y lo más novedoso tiene sentido. Pero la buena arqueología industrial, como la que practica el *Museu de la Tècnica del Empordà*, nos demuestra que el ingenio humano ha sido una constante y que podemos aprender del pasado.